



gavilla

darío ruiz gómez

Esta noche es ausente como el principio de todo. Dulce y fría como el nacimiento de la primera razón. El pájaro oye el ruido de la piedra que avanza hacia otra gestación. No hay nombres ni palabras y el rostro se diluye entre la fronda.

Déjame ser, escondido en el pliegue más oscuro de la nada a que tu risa somete este orden. Este no estar, donde el murmullo del guijarro es mi voz más querida.

Palabra que ilumina una esperanza, fuegos fatuos en la superficie de mi alma. Sin embargo cada mañana abro los ojos y entre el sueño consulto el lado a oscuras del corazón.

La grieta es el indicio de una nueva vida.

Los ojos de la mano llenan la noche de evidencias. Sobresaltan la eterna oscuridad del rostro.

El diente de león: sentido del porvenir, azar, imposible. Vacío: verdadero destino.

Hacerlo de nuevo. Cubrirnos de ceniza, crearnos en la expiación de una culpa más oscura que la original. Decirnos las posibles salidas, pero quedarnos inmóviles, mientras que las aguas levantan sobre las montañas al arca de Noé.

El ruido del ratón rasgando un lugar que pertenece a la noche. Y la comprobación de nuestra ausencia en unos ojos donde la soledad tiene el color de la más alta nube.

Un pensamiento horada la pared. Mus-tias flores, antiguas habitaciones donde la oscuridad disfraza el viejo dolor del hombre. Después, un reguero de tierra, la costra de mugre, la mañana en una tristeza sin nombre. Afuera, empezaron las noticias del país.

Esófago de bestia, hueso de pez. Un trazo en la desconocida arena. Un amuleto flotando aun en esa agua subterránea. ¿No lograremos descifrar el sortilegio?

Reposa la imagen, el día se desdobra: un hueco sorbe las lágrimas de la comprobación.

¿Cómo hacerlo? Y saltar a la mansión del agua, al remolino que incesante, labra el borde de la roca. Escaleras de espuma, ojos de peces sonámbulos de tanto paraíso. Como el pájaro que traspasa la cortina de agua, pero regresa a la vida; y hacia nuevas preguntas.

Camino de hormigas, caravana de hojitas que va hacia algún lugar del monte. Sin sospecharlo, como si los pequeños huesos hubieran enviado a través del zapato una señal, el cuerpecito de un pájaro. ¿Por qué violar este secreto? Hay algo de impudicia en esta comprobación: como si fuéramos atisbadores de la última intimidad que queda. Como si ahora lo que buscamos en esta soledad careciera de sentido al comprobar que lo que nos perdió una vez, ya nos había perdido para siempre. Sentimos, entonces, una profunda vergüenza ante el liquen y la piedra.

Salgo en la noche camino de mi propia oscuridad y ninguna voz destella en la distancia. El eco del agua indica el camino que llegará a borrarne como a un sueño, ahí donde ya la luz de las estrellas no nos basta.

Sentido de las cosas cotidianas, búsqueda de una razón para que la mirada llegue a entender la ausencia de la claridad: rescoldos, cenizas, huellas de otros desastres anteriores, sobre los cuales se ahonda nuestro propio desastre.

Memoria del deseo, instante donde llegamos a ser unidad. Recuerdo del corazón vegetal, amorosa nostalgia de la bestia. ¿Al descender, seremos otra vez en ese instante?

De tí, un resuello del mundo, los cascos del unicornio que regresa y un poco de esa dichosa verdad donde el esófago recuerda los primeros manantiales, la luz del alba al comienzo de las cosas.

Los bosques de manzanos que sitúa la certidumbre en algún lugar del sueño, pero que de repente, son el borde de la hoja, el pistilo, el zumbido de la abeja entre el aire somnoliento en donde al abrir los muslos fijan el centro del fruto y el aroma habla de su origen.

Al trasluz tu perfil parece hecho de aire: etéreo como los sueños de la fiebre en la cual vemos con absoluta nitidez patios,



corredores, sábanas, cortinas que alguna vez vivieron en nosotros; rastros de una ciudad perdida que paradójicamente hemos empezado a buscar. Quisiéramos detener el sueño, pero al llegar la claridad, se hace rotunda la piel, la duda de los ojos, el dolor: aquello de lo cual quisimos huir en el delirio.

Llamas a tí mismo al escuchar el ruido de las lágrimas llenando el vasto vacío de los pulmones: afuera no hay nadie cuando descubres el río de la sangre despidiéndote de las últimas certezas.

En la duda, la incertidumbre abre puertas que dan a cuartos vacíos, a largos corredores bañados por una luz grávida. Inútilmente seguimos llamando sin que nuestro llamado tenga resonancia alguna.

‘Ay ahora somos lo que el recuerdo nos había dicho’ aquello que el ojo del niño constató con las primeras fiebres. Ya que no vamos hacia el final si no que de éste venimos: enfrente, quedan las palabras, los gestos, la miseria del alma, aquello todo que empezamos a decirnos sordos, mudos, huérfanos de lo que nos rodea.

Hay en la dulce presencia de la lluvia,

un eco de algo. De ese algo que nos quedó faltando, parte de nosotros que no llegó a completarse, hoja, instante, labio, paisaje que jamás logramos configurar. Y en el sollozo que nos conmueve, lo sentimos cerca, casi visualizado, casi nombre en medio del desamparo.

Llegar a la puerta, saber que adentro, entre los olores domésticos, entre el aire azul de los cuartos arde la luz que alguien encendió con la esperanza de nuestro regreso. Y no tocar, romper la carta, volver hacia las sombras entre los pájaros que carecen de destino.

‘Angel mío, cómo pesa a veces tu cadáver’

Yo sé que por mucho que vacile, no daré el otro paso.

los días pálidos evocan un aliento de algo Rumor de lo que cae en la alacena que la memoria ocultó Donde las huellas de unos dedos son el nombre que trajo la fiebre adolescente y que hasta ahora indefinido es la oscuridad que cierra la última puerta: ya cuando nadie vendrá a decirnos buenas noches.

La casa tiene las puertas hundidas, apoyadas sobre el tren del tiempo que se arrastra con los pasos de una mujer. Ella se llama Mariana y va desde temprano por el corredor con sus ochenta años de vejez animal y el rostro de un pájaro cantor.

Será de hablar tanto que le ha ido saliendo poco. Muchas cosas dichas una tras otra deben dejar un largo camino.

—Mi hermana morena, mi hermana morena, qué casa tan horrible por Dios...

—Vos sí que te recordás, Mariana, fue en abril y estamos en abril, —dice Clara, la otra hermana, desde el fondo de su alcoba al oír que sopla el viento como llevándose los árboles por la calle. Es abril y de vez en cuando una grande y negra mariposa de ojos en las alas golpea las puertas. Siquiera hace mucho no vienen los cucarrones. Les tienen miedo porque parecen ciegos o ebrios tentando las paredes.

—Mi hermana morena, mi hermana morena, qué cosa tan horrible...

—¡Qué memoria la tuya, recordarse todavía!...

—Clara sigue sentada al borde de la casa en su callada espera entre la desolación de sus ojos escuálidos. Al verla, diríase que siempre ha estado allí en convaleciente vejez.

Pero no, vive realmente al otro lado en la orilla del recuerdo con el azul de sus ojos diluido en la penumbra de la alcoba. Mariana va de extremo a extremo por el largo corredor arrastrando sus pantuflas y hablándole a Clara o a una de las sombras que irradia la mañana del tibio sol de abril.

—¿Pero no te recordás?

—A veces...

—Estábamos recién venidos de Yolombó.

—¡Ah sí! ¡Nos venimos después de que mataron a papá!

—Lo mataron por detrás, lo confundieron con otro en la oscuridad.

—Y Horacio nos trajo a vivir aquí. Y se preocupaba que no nos faltara nada.

—Arregló todo para que tuviéramos con qué vivir porque lo de la lotería fue después cuando él ya había muerto.

—Pero qué, mi hermana tenía que atormentarnos la vida, hacernos sufrir lo que no está escrito.

El mediodía se posa sobre el patio con su turbión de sol.

Ellas están allí cerca de donde el corredor se expande con la estela de luz. Callan o se dicen algo de vez en cuando. Alguien toca y son los méndigos que no se cansan de llamar y que poco a poco han ido hundiendo la puerta. Antes ellas temblaban de miedo porque ya se irían a entrar los ladrones.

Ahora siguen impasibles con su silencio o su diálogo de años. Mariana habla de Horacio. Cuenta su imperecedero retrato de él como el hombre de sombra gigantesca que llenaba el corredor y montaba un caballo alazán que volaba.

—Sin ser estudiado llegó a gerente, ¡era una eminenencia!...

—Qué respeto el que infundía, ¡deslumbraba con la mera presencia!

—¡Y mi hermana morena atreverse!

—A él no le gustaba el comportamiento de ella.

—El le dijo apenas que no volviera a hablar con los peones y ella se encerró a llorar tres días hasta que hizo el disparo al aire y nosotros creímos que se había matado.

—Horacio no le dijo nada más y ella hizo lo que quiso pero a él lo mató la pena moral.

Sí, ¡lo mató la pena moral!

—Y empezó el calvario de nosotros, nos encerraba y amenazaba con pegarnos si no hacíamos su voluntad.

—¡Lo que ella quería era que aguantáramos los gritos y las peleas y el horrible olor a aguardiente! ¡Qué asquerosidad!

El sol cabrillea y cambia de rumbo. Se va con su resplandor a otras partes, casi sorprendentemente, como dicen ellas que se les ha ido la vida porque todo pasa tan rápido. El corredor se empieza a llenar de



las sombras del corredor

alonso aristizábal

sombras, sombras dispersas y estáticas y que sólo se mueven con ese ritmo secreto del tiempo. Clara siente deseos de volver a la penumbra de su alcoba en anticipo voluntario de la irremediable noche. No puede dejarse enfriar porque será como morir de una vez con el dolor en sus huesos seniles. La tienen que llevar hasta la orilla salvadora de su cama donde vuelve a ser la muñeca despelucada y pálida a punto de convertirse en pájaro volador también. Mariana sigue deambulando por el corredor detrás de la estela opaca de la tarde. De pronto, Clara pega un berrido de reproche y soledad. Le han entrado a su cuarto la silla roja. No le gusta que se la entren porque es como si le sentaran a alguien ahí. La silla le representa al hombre que la trajo para sentarse en ella en el corredor a pasar las borracheras y de repente pararse y darle puntapiés por toda la casa entre blasfemias y palabras que obligaban a las dos viejas a encerrarse y taparse los oídos.

—¡No pudimos aguantar más!

—¡Qué sufrimientos más atroces!

—Una noche sentimos unos quejidos horribles de demonio, pensamos que la estaba ahorcando y llamamos la policía.

El hombre ese tenía hasta tipo de criminal.

—Y le dijimos que íbamos a seguir llamando la policía y tuvo que irse a vivir aparte.

—Pero nos dejó el pedazo de baúl que ya estaba desbaratado de soportar también tantos golpes y yo lo mandé tirar al solar.

—Cuando ella murió hubo que entrarlo para que no nos diera remordimiento y mejor le sembramos una mata.

—Pero la silla que nos hubiera gustado que la dejara aquí, sí se la llevó y después la mandaron no sé por qué.

—Yo le digo la verdad, a mí no me dolió que se muriera, ¡era mi hermana morena!...

—No crea, da pesar y no deja de ser la hermana.

Cuando hablaban del baúl, Mariana tenía que ir a mirarlo desde la puerta en el solar o Clara estaba pensando en el barro de las tablas y en el óxido de

los clavos. Y empezaba la noche como si proviniera de su fondo y la casa era oscuridad de entrañas de baúl. Idéntica a las noches de Clara en la penumbra del cuarto y los pasos de Mariana arrastrándose por el corredor. Clara es quien más siente las noches de abril en la orilla de su cama, en la orilla de las sombras. Y si la casa es con Mariana el tiempo que se va ineluctable, con Clara es aquello que no podrá marcharse y se quedará, los bahareques, piedra y arcilla desmenuzada que se remontarán sobre los años. Entonces, el baúl será la mancha con sus clavos al aire como heridas de un tiempo pasado. En todo esto piensa Clara y se queja con la resignación de un dolor de años porque le está latiendo ese algo que muere cada vez dentro de sus huesos.

Es abril y ella lo sabe, lo siente y lo recuerda y ha pasado un día como tantos días de abril en los que parece cualquier olvido. Y vuelven siempre las noches de abril con su silencio de vigilia, noches quietas, profundas donde sopla un viento secreto como la marcha de los siglos.

—Es Abril, ¡ahora sí me recuerdo de todo, Mariana!

—Mi hermana morena, mi hermana morena que nos quita el sueño.

—Fue en abril todo, ¡hasta su muerte! ¿Cierto?

—Uno tiene que recordar, si han sido cosas muy atroces, atroces.

—Las cosas de ella nos chocaron siempre, ¡hasta el baúl y la silla que nada tienen que ver!

—Sí tenían que ver, claro, si fue lo único que ese hombre trajo, no trajo nada.

—Era un hombre pobre y se murió poco tiempo después por la falta de ella!

—¡Pero qué borracho más inmundo!

—No deja de ser la hermana y no tiene la culpa de haber rodado con tan mala suerte.

—¡No! Te voy a decir una cosa para no decirte más, ella se casó con un peón de la finca, ¡mejor dicho con un cualquiera!

—Pues...

